

Víctor H. Acuña Ortega

Sobre Edelberto Torres-Rivas: *Revoluciones sin cambios revolucionarios.*

Ensayos sobre la crisis en Centroamérica

Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, Managua, Nicaragua

desiguALdades.net, Freie Universität Berlin, Alemania

vhacuna@gmail.com

Más de tres décadas han transcurrido ya desde el triunfo de la revolución sandinista; dos décadas nos separan de los acuerdos de paz en El Salvador y más de quince años de la finalización formal del conflicto armado en Guatemala. El tiempo ha seguido su curso desde aquellos años de la historia centroamericana, tan aciagos y también tan llenos de promesas y, hoy, no hay más remedio que reconocerlo, nos parecen ya muy lejanos. Por tal razón, no puede sorprender que desde hace algún tiempo se hayan multiplicado testimonios, memorias y análisis de esa época de guerra y revoluciones en el istmo. A este cúmulo de obras viene a sumarse este estudio de Edelberto Torres-Rivas, el científico social más destacado y más influyente que produjo el istmo en la segunda mitad del siglo.

El libro, aunque se subtitula “ensayos”, es de hecho una sola obra articulada de principio a fin con un hilo temático y cronológico que intenta dar cuenta de los procesos revolucionarios que experimentaron Nicaragua, El Salvador y Guatemala en las décadas de 1970 y 1980, pero cuyos orígenes inmediatos se remontan a 1954, con el derrocamiento de Jacobo Árbenz, presidente de Guatemala, y el fin violento del experimento reformista que había iniciado ese país a partir de 1944. El libro está integrado por una introducción, cinco capítulos y un epílogo. La introducción se ocupa de los aspectos conceptuales y metodológicos que sustentan la argumentación del libro;

el primer capítulo analiza los fundamentos históricos en la larga duración de la crisis revolucionaria; el segundo se ocupa de la economía, la sociedad y el Estado posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial sobre los cuales se fundó y se abatió la insurrección popular; el tercer capítulo presenta a los actores sociales que protagonizaron la lucha revolucionaria; el cuarto caracteriza al Estado que enfrentó la insurrección y las estrategias políticas y militares, adoptadas por las fuerzas guerrilleras; y el quinto capítulo relata, es decir, nos ofrece ya no una sociología histórica, sino una historia política y militar de los procesos de lucha revolucionaria en cada uno de los tres países. En fin, el epílogo se refiere brevemente a los procesos de paz que pusieron fin a los conflictos armados. Conviene advertir que el ensayo no se ocupa del ascenso y caída del régimen de los sandinistas.

Ahora bien, si el libro es algo más que una colección de ensayos por su coherencia en términos del análisis y el relato, sí es ciertamente un ensayo, un ensayo de interpretación. “Casi un libro sobre libros”, en palabras del autor. En este sentido, la obra tiene una clara impronta personal y, por momentos, parece una serie de glosas marginales de un lector que ha sido analista y testigo de los asuntos tratados. Otras veces, pareciera que se trata de reflexiones a posteriori de quien fue un hombre de acción o que nunca estuvo totalmente alejado de ella. En fin, por momentos o quizás a lo largo del texto, se cuele un tono de militante político que parece pedir cuentas a los actores históricos por su fracaso; esto es particularmente cierto en el caso de la guerrilla guatemalteca. El propio Torres-Rivas lo admite: “Es difícil ser objetivo en el tratamiento de episodios próximos a la emoción.” Dicho eso, el libro es ciertamente la elaboración conceptual de una experiencia histórica a partir de algunos modelos de interpretación, evaluados y cotejados, en relación con los procesos históricos estudiados. El horizonte intelectual en que el ensayo se sitúa de manera explícita es el de la sociología histórica, en el cual se intenta rastrear las raíces históricas de la situación presente.

A pesar de ser obvio, pero para nada redundante, el autor nos recuerda que su ensayo ha sido escrito tras la caída del socialismo realmente existente, la crisis del marxismo y el fin del ciclo de las revoluciones contemporáneas, iniciado con la independencia de Estados Unidos y la

revolución francesa de 1789. De este modo, esta es una obra *after the fall* y, en ese sentido, está marcada por un irremediable tono de desencanto. Contrariamente a otros trabajos del autor en los cuales usualmente se ofrece una mirada de conjunto sobre los cinco países centroamericanos, aquí el análisis se concentra en los tres países en los cuales hubo en aquellos años guerra civil o conflicto armado: Nicaragua, El Salvador y Guatemala. No obstante, el autor se enfrenta, como en sus trabajos anteriores, a la problemática siempre vigente de la divergencia y la convergencia de los procesos históricos en Centroamérica. El ensayo, como su título lo insinúa, sostiene la tesis paradójica de la inevitabilidad y también de la inviabilidad de las revoluciones en Nicaragua, El Salvador y Guatemala; y se consagra a exponer sus razones, aunque es más detallado en el análisis de la inevitabilidad que en la explicación de la inviabilidad.

La categoría central del autor para interpretar la historia de Centroamérica es la de oligarquía o lo oligárquico como ethos de las clases dominantes del istmo desde el siglo XIX, cuyas raíces se encuentran en el dominio cafetalero, pero con vínculo estrecho con el pasado colonial. La expresión política de la oligarquía fue el Estado liberal, caracterizado por el ejercicio autoritario del poder, y su fundamento económico un sistema de relaciones sociales de producción fundamentado en mecanismos de coacción extraeconómica.

Así, la matriz de las relaciones étnicas, sociales y políticas es la hacienda. Pero la oligarquía es entendida no solo como una categoría socioeconómica, sino también como una realidad ideológica y cultural. La oligarquía es de origen europeo y se comporta en la vida social como un linaje, como un grupo cerrado en términos étnicos y raciales. Además, la oligarquía siempre ha sido dependiente del capital extranjero. Para el autor la oligarquía tiene sus divisiones internas entre una fracción más terrateniente y otra más capitalista. También se diferencia en el espacio centroamericano en donde por un lado estaría Guatemala, el país con una oligarquía más terrateniente y más reaccionaria, y Costa Rica en donde la oligarquía es menos oligárquica, por así decirlo.

Lo oligárquico sería el principio explicativo de la historia de los países centroamericanos y su crisis fue la razón de la explosión de movimientos revolucionarios en los tres países en

consideración. En la perspectiva del autor, lo oligárquico sería algo más que la oligarquía, es decir, un estilo de dominación que caracteriza a una serie de fuerzas sociales y políticas que no siempre son las mismas en términos socioeconómicos, aunque posiblemente sí guarden continuidad en el plano sociocultural, en particular por su fidelidad al racismo y a la discriminación étnica, como en el caso de Guatemala. Lo oligárquico sería un fenómeno de larga duración, una fuerza o principio transhistórico que, en la visión del autor, opera como una especie de matriz totalizante, por no decir totalitaria, que atraviesa épocas y que impregna la vida social en todas sus esferas.

Lo oligárquico tuvo su crisis en la etapa 1930-1945, en el plano económico, pero persistió en el plano político, de modo que su descomposición final solo ocurrió en el periodo del cual se ocupa el libro y bajo la modalidad de violentas revoluciones sociales. En el contexto de la crisis revolucionaria, lo oligárquico se convirtió en un anticomunismo perverso y feroz y su instrumento fue el terror de Estado. La persistencia de lo oligárquico y su paroxismo de violencia en la época de las revoluciones centroamericanas de fines del siglo XX se alimentó, se mantuvo y se validó gracias a la política imperial de Estados Unidos en la región. Como ya se señaló, lo oligárquico es estructuralmente dependiente de lo externo y de la relación clientelar que los Estados centroamericanos mantienen con su potencia dominante.

Este enfoque de sociología histórica que intenta interpretar en el largo plazo la historia centroamericana se complementa con una confrontación de la sociología histórica de las revoluciones sociales, en una perspectiva que el autor llama “teoría estadocéntrica de las revoluciones” (Jeff Goodwin es quien sirve como referencia de esta teoría). En esta perspectiva el Estado es el eje explicativo de las revoluciones porque el Estado es el objeto de la revolución y porque las revoluciones son la respuesta a la violencia estatal y, en ese sentido, el Estado “fabrica” las revoluciones. A lo largo del texto el autor hace circular un marxismo peculiar que rechaza las posiciones de la versión vulgar y dogmática, que tanto curso tuvo en el istmo en aquellos años, pero que parece estar más cerca de una perspectiva marxista estructuralista como la de Nicos

Poulantzas, que de la de un marxismo más político y cultural como el de E. P. Thompson. En todo caso, para el autor la categoría de luchas de clase es central en su interpretación.

Las revoluciones fueron precedidas por un periodo de modernización económica, conducido por un Estado desarrollista, que no fue acompañado de un desarrollo democrático. Así, este Estado no fue capaz de poner en marcha un proceso de modernización en el plano social y político. Por el contrario, la modernización económica empobreció al campesinado y no fue capaz de integrar políticamente a los sectores medios que fueron creciendo después del fin de la Segunda Guerra Mundial. Precisamente la crisis revolucionaria de las décadas de 1970 y 1980 aconteció porque la oligarquía abortó los experimentos de reforma ensayados en el istmo en la década de 1940.

Las revoluciones centroamericanas de fines del siglo XX tuvieron por fundamento el conflicto entre ese viejo actor que era la oligarquía y un nuevo protagonista, el actor o sujeto popular o “el pueblo” a secas, según la terminología del autor, surgido al calor de cambios en la estructura social, de experiencias de lucha y movilización social y política; y de la articulación de todo ello, con mucho éxito en el caso de Nicaragua y con menos éxito en el caso de Guatemala, por grupos de líderes revolucionarios, mayoritariamente procedentes de los sectores medios. El “pueblo” como sujeto que se enfrentó a lo oligárquico fue un agente histórico nacido en el marco de una relación histórica de subordinación política y de injusticias sociales. Así, el “pueblo” era un conglomerado de clases subordinadas y para el autor es importante insistir en que este “pueblo”, que desafió la secular dominación de lo oligárquico, no emergió de una relación de explotación económica, sino de la subordinación y la exclusión políticas.

Ahora bien, el “cemento del pueblo”, expresión del autor, fueron las clases medias, no la pequeña burguesía tradicional, sino los sectores medios surgidos al calor de la modernización económica posterior a 1945. Tampoco fueron, por supuesto, todos los sectores medios, sino una parte importante de ellos, donde convendría singularizar a los universitarios y estudiantes, a la intelectualidad urbana. También sectores progresistas cristianos jugaron un papel clave entre los

sectores campesinos e indígenas y como agentes del despertar de conciencia de los jóvenes de sectores medios que se sumaron a las fuerzas revolucionarias.

En última instancia, el eje del análisis de Torres-Rivas gira alrededor de la identificación y la caracterización de los actores históricos que protagonizaron los procesos revolucionarios, la oligarquía y el “pueblo”, que resultaron inevitables. En lo que respecta a la imposibilidad o inviabilidad de las revoluciones esta se ubicó en un doble plano: a nivel estructural por la coherencia y ausencia de fisuras internas de las oligarquías en El Salvador y en Guatemala y por el peso determinante de Estados Unidos como potencia imperial; y en un plano más coyuntural por definiciones estratégicas erradas de los movimientos políticos armados sobre todo en el caso de Guatemala. En este sentido, el autor es muy crítico de la teoría del foco revolucionario, así como de una interpretación estrechamente clasista, como ya se dijo, del sujeto popular.

Al final, la historia es conocida: la revolución sandinista triunfó, pero por último fue derrotada por la agresión del gobierno de Estados Unidos; la lucha revolucionaria en El Salvador terminó en un empate militar y en Guatemala desembocó en un impasse. En todos los casos, el periodo revolucionario se cerró con acuerdos de paz. Según el autor, la victoria sandinista volvió imposible e inviable el triunfo revolucionario en los otros dos países porque Estados Unidos nunca lo hubiese tolerado. En fin, una cuestión interesante que señala y que está en relación con la inviabilidad de las revoluciones en El Salvador y Guatemala es que primero se estableció la democracia y luego se firmó la paz.

El ensayo de Edelberto Torres-Rivas es un intento de aplicar la sociología histórica a los procesos revolucionarios que hubo en Centroamérica a finales del siglo XX y en ese sentido es provocador en términos de posibles caminos de interpretación de ese tramo esencial de la historia centroamericana. También es muy útil como recordatorio de lo que aconteció a quienes fuimos contemporáneos de aquellos eventos y como puerta de entrada y panorama para las nuevas generaciones que no los vivieron y de los cuales prácticamente no guardan recuerdo alguno. Para todos, el libro es necesario porque nos vuelve a poner delante de los ojos la realidad de que la Centroamérica que las revoluciones quisieron cambiar sigue lamentablemente gozando de muy

buena salud; quizás por esas astucias de la historia, ahora gobernada con propósitos muy distintos en algunos casos por aquellos que fueron revolucionarios en esos años.

Torres-Rivas, Edelberto. *Revoluciones sin cambios revolucionarios. Ensayos sobre la crisis en Centroamérica.*

Guatemala: F&G Editores, 2011, 499 pp.